

**M**ISTER Douglas salió de su casa del barrio de la Concepción como todos los días: casi corriendo, sin importarle nada que sus largos brazos oscilaran en el aire como las mangas de un traje vacío y sonriendo con los ojos sin causa evidente.

Mister Douglas montó en su gran coche embarrado y lleno de abolladuras, arrancó y, al llegar a la esquina, redujo la marcha para saludar con la mano a Matilde y Litelton, que le despedían como siempre desde la ventana de la cocina.

Cuando el coche se perdió de vista, bambolecándose entre los baches de la calle, Matilde se metió. Y después de llevar a Litelton a su cuarto lleno de juguetes, banderines escolares, trastos de baseball y hasta un balón ovalado, casi tan grande como el niño —el impaciente mister Douglas había comprado la mayor parte de las cosas para cuando Litelton se convirtiera en Tom Douglas, Jr., dentro de 10 ó 15 años—, Matilde se tumbó en la cama y se puso a pensar.

\* \* \*

Pensar, dijera lo que dijera Tom, era sufrir. Por eso, cuando Tom se ponía a pensar, con las cejas juntas, los ojos en-

decía Tom. (Lo dijo chistando suavemente, primero, «Chissss-ma-ssssing», y luego el «jap!», muy brusco, como un eructo, y al decirlo abrió mucho los ojos, retorció entre sus manos, sabe Dios qué amasijo, y rechinó los dientes.) ¡Esmasing ap!

Esta vez ni siquiera la Virgen podría arreglar nada. ¡Esmasing ap! era morirse Tom y ella y Litelton. Peor: era morir ella y Litelton allí, en el piso del barrio de la Concepción, y morir Tom lejos, en la Base o en el cielo negro —porque sería por la noche— o sabe Dios dónde. Sin poder abrazarse los tres.

—Todos morir *suit*, rápido, sin dolor, sin sangre. Tú, Guel, sufrir nada, nada Litelton, nada. Yo, nada. El sol, sabes, gran sol encima nuestro. Toda la gente morir de luz. Gran, gigante luz. Pero luz no duele, Guel, dulce querida. Nada dolor. Yo juro serio por Litelton. Yo siempre verdadero.

Bueno, sería verdad. Tom lo sabía todo y no mentía nunca. Lo horrible era esperar la luz maldita cada uno por su lado...

Matilde se levantó, fue a buscar al niño y se tumbó otra vez, abrazada a él.

Los tres juntos y solos sería, por lo menos, un consuelo. Los tres juntos y solos como siempre. A ella ya no le importaba, pero sabía muy bien por qué era esa so-

brado tanto a Tom, y después a su hijo negro (que, mira por dónde, se parecía al padre de ella, pero en negro), que casi se sentía negra también. Bueno, hubiera querido ser negra para no llamar la atención y —era para echarse a reír—, a veces, recordaba que era blanca al mirarse al espejo.

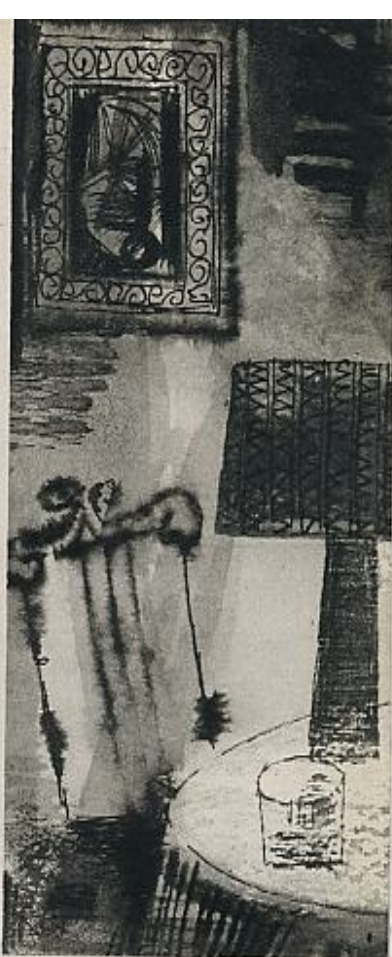
Si la gente supiera que Tom era más raro por dentro que por fuera... Lo más raro de Tom era su manera de ser. Más raro, mucho más raro por dentro que por fuera.

Matilde estaba acostumbrada a que los hombres no asustasen a las mujeres. Las mujeres no tenían por qué saber de guerras, ni de jaleos políticos, ni de lios de escuelas americanas donde no dejaban entrar a los amigos de Tom. Si Tom no fuera tan raro, se hubiera ido a la Base, como otras veces, sin decirle nada. Y así, si llegaba el *jesmasing ap!*, como no iba a dolerle, Matilde ni se hubiera enterado. Y no estaría pasando ahora lo que estaba pasando.

—Guel: ahora grande, verdadera guerra. Mejor saber. Mejor mirar guerra con ojos grandes y abiertos.

—Manías tuyas.

—No, cabesita Guel, ahora yo marchar Base y quedar encerrado. Y, si es guerra, es gran muerte también. Gue-



# SMASHING UP!

tornados y relamiéndose los labios, ella decía:

—No pienses más, Tom. Todo se arreglará.

Tom quería convencerla de lo bueno que era pensar. Decía, moviendo mucho sus manos enojadas y delgadas:

—Sin pensar, Guel, tú, yo, Litelton, toda la gente, bestias, como mulas y perros y *ansó*. Pensar es bueno, cabesita Guel.

A ella, su experiencia le decía otra cosa. La primera vez que tuvo que pensar en su vida fue al morir la tía Adela: se quedó sola en el pueblo, en el invierno, sin saber dónde comer ni dónde calentarse. Gracias a la Virgen, todo acaba por arreglarse —eso también se lo había enseñado su experiencia—, y el tío Roque, un paisano, se la trajo a Madrid, a servir. Luego, una Nochebuena, que la pasó en casa del baboso, del puerco de tío Roque, éste se metió en la cama con ella, sin importarle un pito su mujer... Y otra vez a pensar, a sufrir. Luego..., cuando fue una pérdida, también pensó lo suyo. Luego conoció a Tom y ya creyó que nunca tendría que volver a pensar.

Y precisamente cuando todo iba bien, llegaba aquello del *jesmasing ap!*, como

edad. Era porque Tom era negro. Por eso tenía pocos amigos en la Base; por eso, ella no tenía amigas en la vecindad. Nunca le habían dicho nada ni Angelita, la mujer del policía, ni doña Remedios, la madre del funcionario sindical, ni siquiera Lupe, la portera; pero la miraban con ojos que decían: «Mira que casarse con un negro». O quizá era aprensión suya nada más. Porque el niño, que también era negro, jugaba con los demás vecinitos, en el patio ajardinado de la casa, tan feliz y revoltoso como si fuera blanco también.

¡Ya quisieran muchas cambiar sus maridos blancos por Tom! Pero era natural que les pareciese extravagante. A ella misma, si le hubieran dicho cuando le conoció que acabaría casándose con él, se hubiese echado a reír. Negro como la tinta y, además, raro; desgarrado, con la cabeza aplanada; cuando andaba, parecía que se iba a desencuadrar, que las piernas y los brazos se le iban a desencanchar, para volar por el aire cada cosa por su lado.

Pero era un hombre. Y su casa —su casa— era caliente y tenía nevera, televisión, comida abundante, y él era bueno, limpio y fuerte. Matilde se había acostum-

rra, Guel, es *jesmasing ap!*, todo en redondo.

—¿Por qué me asustas? —había dicho ella, enfadada—. Si hay guerra, que haya. Yo no la voy a parar ni tú tampoco. ¿Para qué nos vamos a atormentar?

—Tú, Guel, Matilda, mujer pequeña y tonta. Tú querer morir como bestia, como mula y perro y *ansó*. Yo no dejarte. Si nosotros morir, morir hombre y mujer pensantes, no bestias... Pero yo no enfado. Yo pedir perdón a ti, Matilda. Ser muy malo saber uno solo... Yo tener que decir alguien. Yo querer Matilda piensa, piensa. Cabesita Guel, dulce querida.

Y Tom, jadeando como si fuera a llorar a todo trapo, la abrazó desesperadamente, hasta hacerle daño.

Pero Matilde debía estar ya acostumbrada a las rarezas de Tom. Leía mucho; leía libros y periódicos que le mandaban de los Estados Unidos. Escribía en gruesos cuadernos sabe Dios qué. Le gustaba poco divertirse: ir al cine, al baile, al campo, a las piscinas. Parecía un hombre muy serio. Pero se tiraba por el suelo para jugar con Litelton y daba ruidos o hacía

Por JUAN CESARABEA

cabriolas, jugando con el crío a leones y caballos salvajes. Y, de pronto, dejaba de revolcarse, y se ponía a estudiar español, como si alguna vez pudiera llegar a hablarlo bien.

Claro que a ella todas esas rarezas le tenían un poco sin cuidado. Ella le entendía al hacer el amor. Le entendía en el cine, en las tiendas, en las cafeterías y —qué cosa más curiosa— cuando cantaba.

Tom sólo cantaba en el cuarto de baño. Entonces ella paraba la radio o el televisor y, sin que él lo supiera, se ponía a escuchar aquella voz cavernosa y dulce y se iba poniendo triste, pero —y eso era lo más curioso— con una tristeza feliz, al oír aquellas canciones lentas que sabe Dios qué querían decir...

¿Creería Tom en la Virgen y en Dios? Matilde no estaba segura. Cuando ella enseñaba a rezar a Litelton, cuando le hablaba de la Virgen, Tom sonreía. Una vez Matilde le dijo:

—¡Herejote!

—Yo no herejote. Yo creer en hombres santos.



Sus santos estaban en un libro muy gordo y eran casi todos negros, aunque había algunos blancos. El libro tenía en la cubierta las letras N. A. A. C. P. (1); con esas mismas letras, recibía Tom muchos sobres de los Estados Unidos. Tom enseñaba a Litelton las estampas de su libro y le decía quién era cada cual. A fuerza de oírle muchas noches, Matilde casi los conocía ya: Nat Turner (negro), Abraham Lincoln (blanco), Frederick Douglass (negro), Booker T. Washington (negro), A. Philip Randolph (negro)...

Pero eso de que eran santos era una broma de Tom. Porque Tom, a veces, recortaba fotografías de los periódicos y las metía entre las hojas de su libro. Eran fotos de negros boxeando, tocando la trompeta, corriendo en camiseta por campos de deportes, hablando por la radio con traje de etiqueta, o escribiendo detrás de sus gafas.

Aunque fuera raro, se había acostumbrado tanto a él, que si llegaba el *jasmasing apl!*... ¡Que la Virgen la perdonara, pero lo sentiría más por Tom que por el niño!

—¿Qué quiere decir *jasmasing apl!*, Tom?

Tom fue a por su diccionario y leyó: —«Romper con fuerza; hacer pedazos; arruinar; destrozar; aplastar.»

Cerró el diccionario, y añadió:

(1) National Association for the Advancement of Colored People.

—Eso hacer bomba H, Guel, sobre Madrid todo en redondo, casas y gente, Guel.

• • •

Matilde y el niño estuvieron casi toda la semana encerrados en casa. Comieron conservas almacenadas y pasaron muchas horas tumbados en la cama. Matilde no se atrevió a poner la televisión ni la radio, porque le parecía, a pesar de todo lo que había dicho Tom, que era tentar al diablo. El viernes, Matilde tuvo la sensación de que Angelita, la mujer del policía, doña Remedios, la madre del funcionario sindical, y hasta Lupe, la portera, sabían ya lo del *jasmasing apl!* Cuando bajó por el pan, procuraron encontrarse con ella en la escalera, la saludaron con mayor efusividad que otras veces y la miraron con ojos que decían: «Usted, Matilde, que lo debe saber, díganos qué va a pasar.» No fueron sólo ellas: también la miraron así otras vecinas, el panadero y el frutero, que estaba de charla en la panadería con un periódico en la mano. Y Matilde compró un pan de molde para no tener que bajar al día siguiente a la calle. Tenía miedo a aquellas miradas. De repente, todo el mundo parecía esperar el *jasmasing apl!*, como si hubieran oído a Tom («chissis-ma-sssing... ¡apl!») y le hubieran visto abrir mucho los ojos, restregarse las manos y rechinar los dientes. Tenía miedo, porque todos aquellos ojos parecían decir también: «¿Por qué? ¿Qué te hemos hecho? Tu negro tie-

ne la culpa.» ¡Qué tontería! Tenía que ser aprensión suya. El pobre Tom era bueno, alegre como un niño, incapaz de matar una mosca. Nunca había querido decirle a ella lo que hacía en la Base.

—¿Tú vuelas en esos aviones grandotes que hacen ese ruido tan horrible?

—No, Guel.

—Entonces, ¿qué haces allí todo el día metido?

—La Base, Guel, es gran máquina, máquina «garandota» con ruido «horrible». Tom, sólo pequeño tornillo.

• • •

Por fin, el lunes —como todo acaba arreglándose, gracias a la Virgen—, Tom llamó por teléfono. Sí. No habría *jasmasing apl!*, por ahora. Pronto iría a casa. Gran fiesta. No importaba nada que Matilde no hubiera comprado. Tom llevaría todo. ¿Whisky? ¡Si nunca lo bebía! Pero ese día sí. Fiesta grande. ¡Aleluya!

Pasaron todavía algunos días, pero una mañana, temprano, llegó por fin Tom. Se echó con ella en la cama, y estuvieron allí abrazados hasta la hora de comer. (Menos mal que el niño se despertó tarde y no les dio mucho la lata.) Después, en el baño, Tom cantó durante mucho tiempo una de sus canciones más largas y lentas. Cuando comieron, empezó a adornar la casa, ayudado por Litelton, con papeles de colores, ramas verdes y estrellas centelleantes, y se pasó así toda la tarde. De vez en cuando, hacía rápidos viajes a la cocina para ayudar a Matilde.

Cenaron un pavo, montones de golosinas, saladas y dulces, y un enorme pastel de manzanas —receta de la madre de Tom, que Matilde había conseguido por fin aprender—. Tom bebió whisky, cosa que Matilde nunca le había visto hacer, y se emborrachó un poco, claro está.

—Pero, Tom: el niño tiene que dormir. —Hoy Matilda dejar... Litelton quiere ver santos.

Sacó su libro gordo y se sentó con el pequeño en las rodillas. Matilde, cansada, se había marchado ya a la cama. Tom tenía algunas fotografías recortadas en la mano.

—Litelton: Dad traer nuevos santos al libro. Santo Bertrand Russell.

Litelton vio a un anciano delgado, melencólico, con la nariz grande y una pipa en la boca.

—Santo Papa Juan.

Litelton vio otro anciano, esta vez grueso, con cara de bueno, que sonreía e iba vestido con las ropas de los santos.

Tom, con el último recorte en la mano, miró a su alrededor, fingiendo miedo, y se puso un dedo ante los labios. Litelton comprendió que Dad quería jugar a tener miedo, a esconder tesoros prohibidos en lugares que sólo ellos debían saber, y puso cara misteriosa y se llevó también su índice a la boca.

—Y San...

Y Tom metió, rápidamente, en su libro la fotografía de otro hombre, no tan viejo como los otros dos, pero tampoco joven...